

Capítulo 3

Mesa 2. Iberoamérica: la nueva competición global y el retorno de las esferas de influencia

Resumen realizado por Dña. Rocío de los Reyes Ramírez.

Ponente: Erika Rodríguez Pinzón

Intervención introductoria: «Autonomía estratégica y seguridad hemisférica: la UE y el corolario Trump en América Latina»

La mesa se inició con una intervención de Erika Rodríguez Pinzón, directora de la Fundación Carolina, quien ofreció una reflexión inicial destinada a contextualizar el debate sobre el papel de Iberoamérica en el actual escenario internacional, caracterizado por la intensificación de la competencia entre grandes potencias, la creciente fragmentación del orden global y la reconfiguración de las dinámicas de influencia en el hemisferio occidental.

Su exposición abordó, en primer lugar, la reactivación de una lógica hemisférica por parte de Estados Unidos tras el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca. En este sentido, se planteó la posibilidad de que Washington esté recuperando una visión estratégica del continente americano basada en la defensa de sus intereses de seguridad y en la contención de actores externos, especialmente China, reabriendo el debate sobre la vigencia de las tradicionales esferas de influencia en el siglo XXI.

No obstante, se subrayó que el actual contexto internacional presenta características sustancialmente diferentes a las de etapas anteriores. La creciente multipolaridad, la diversificación de las relaciones exteriores de los países latinoamericanos y el incremento de la presencia de nuevos actores internacionales dificultan la recuperación de una hegemonía exclusiva sobre la región.

La intervención destacó asimismo que la competencia estratégica en Iberoamérica ya no se desarrolla únicamente en el ámbito de la seguridad tradicional, sino que se extiende cada vez más al terreno de la geoconomía. Las cadenas globales de suministro, el acceso a minerales críticos, las infraestructuras estratégicas, la transición energética y las tecnologías emergentes se han convertido en elementos fundamentales para comprender el renovado interés de las grandes potencias por la región.

Especial atención mereció la creciente presencia de China en América Latina, consolidada durante las últimas décadas a través del comercio, la inversión y

la cooperación tecnológica. Este proceso ha ampliado las opciones de inserción internacional de numerosos países latinoamericanos, pero también plantea interrogantes sobre la aparición de nuevas formas de dependencia económica, tecnológica y financiera.

En este contexto, la intervención situó en el centro del debate la cuestión de la autonomía estratégica de América Latina. Se planteó si la región dispone realmente de las capacidades políticas, económicas e institucionales necesarias para actuar como un sujeto estratégico propio o si, por el contrario, continúa condicionada por la fragmentación regional, la debilidad de los mecanismos de integración y las limitaciones derivadas de sus vulnerabilidades internas.

Finalmente, se reflexionó sobre el papel que la Unión Europea y el espacio iberoamericano pueden desempeñar en este escenario. Los vínculos históricos, culturales y económicos entre ambas regiones, junto con la defensa compartida del multilateralismo y del orden internacional basado en reglas, fueron identificados como elementos que pueden contribuir a ampliar los márgenes de maniobra de los países iberoamericanos y favorecer una inserción internacional más equilibrada.

La presentación concluyó con una reflexión que sirvió de hilo conductor para el conjunto de la mesa: determinar si Iberoamérica está llamada a convertirse en un mero escenario de competencia entre potencias o si, por el contrario, será capaz de consolidarse como un actor estratégico con capacidad propia de influencia y decisión en el nuevo orden internacional.

El retorno de la lógica hemisférica y la reconfiguración de las esferas de influencia

Uno de los principales ejes del debate giró en torno a la posibilidad de que Iberoamérica esté asistiendo a una reactivación de la lógica hemisférica estadounidense, especialmente tras el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca. La discusión abordó hasta qué punto las prioridades de la nueva Administración estadounidense, centradas en la seguridad fronteriza, la gestión de los flujos migratorios, la lucha contra el crimen organizado y la competencia estratégica con China, suponen una reformulación de la relación de Washington con América Latina.

Los participantes coincidieron en señalar que la región ha recuperado relevancia en la agenda estadounidense, aunque no necesariamente desde una perspectiva de asociación estratégica entre iguales, sino como un espacio

clave para la protección de intereses nacionales vinculados a la seguridad, la economía y la competencia global.

No obstante, se subrayó que el contexto actual difiere sustancialmente del que dio origen a las tradicionales esferas de influencia. La creciente multipolaridad, la diversificación de las relaciones exteriores de los países latinoamericanos y la presencia consolidada de actores extrarregionales dificultan la recuperación de una hegemonía exclusiva por parte de Estados Unidos.

En este sentido, se planteó si el retorno de una lógica hemisférica responde a una estrategia estructural de largo plazo o si, por el contrario, constituye una reacción táctica ante la creciente influencia de China y el avance de otros actores globales en la región.

Asimismo, se destacó que la competencia actual no se limita al ámbito político o militar, sino que incorpora nuevas dimensiones vinculadas a la geoeconomía, la tecnología, la conectividad y el acceso a recursos estratégicos. Ello configura un escenario más complejo que el de las tradicionales dinámicas de poder del siglo XX, caracterizado por la superposición de múltiples formas de influencia y dependencia.

El debate puso de relieve que, más que asistir a una reedición exacta de las esferas de influencia clásicas, Iberoamérica se encuentra inmersa en un proceso de reconfiguración del poder internacional, en el que diversos actores compiten simultáneamente por ampliar su presencia e influencia en la región.

En este contexto, surgió una cuestión transversal que orientó buena parte de la discusión posterior: determinar si los países iberoamericanos disponen de capacidad suficiente para actuar como sujetos estratégicos con voz propia o si continuarán siendo escenarios donde se proyectan los intereses de las grandes potencias.

La competencia geoeconómica: cadenas de suministro, minerales críticos, infraestructuras y tecnología

Otro de los ejes centrales del debate fue la constatación de que la competencia internacional en Iberoamérica ya no se desarrolla exclusivamente en términos geopolíticos tradicionales, sino que se desplaza cada vez más hacia el ámbito de la geoeconomía.

Los participantes coincidieron en señalar que la disputa por la influencia en la región se articula crecientemente en torno al control de las cadenas

globales de suministro, el acceso a minerales críticos, la inversión en infraestructuras estratégicas y el liderazgo tecnológico. En este sentido, América Latina ha adquirido una relevancia renovada debido a su riqueza en recursos naturales esenciales para las transiciones energética y digital, como el litio, el cobre, el níquel o las tierras raras.

La región se sitúa, además, en una posición estratégica dentro de los esfuerzos de diversificación de proveedores impulsados por las principales economías del mundo. La necesidad de reducir vulnerabilidades y dependencias excesivas ha reforzado el interés de Estados Unidos, China y la Unión Europea por establecer vínculos más estrechos con los países iberoamericanos.

En este contexto, las infraestructuras de transporte, los corredores logísticos, las redes energéticas y las telecomunicaciones se han convertido en ámbitos prioritarios de competencia. La inversión en puertos, ferrocarriles, redes de transmisión eléctrica y tecnologías digitales fue identificada como un instrumento fundamental para proyectar influencia y consolidar relaciones de largo plazo.

Especial atención recibió la dimensión tecnológica de esta competencia. El desarrollo de la inteligencia artificial, la expansión de las redes de telecomunicaciones, la gestión de datos y la ciberseguridad fueron señalados como factores cada vez más determinantes para la posición estratégica de los Estados.

A lo largo de la sesión se puso de manifiesto que estas nuevas dinámicas generan oportunidades para los países iberoamericanos, al ampliar sus opciones de cooperación y atraer inversiones en sectores estratégicos. Sin embargo, también se advirtió del riesgo de reproducir patrones históricos de inserción internacional basados en la exportación de materias primas y en relaciones económicas asimétricas.

La cuestión de fondo, por tanto, no radica únicamente en quién invierte más o ejerce una mayor influencia en la región, sino en qué tipo de vínculos económicos, tecnológicos y productivos se están construyendo y hasta qué punto estos contribuyen a fortalecer las capacidades propias de los países iberoamericanos.

En este sentido, el debate subrayó la necesidad de que la región avance hacia modelos de desarrollo que permitan generar mayor valor añadido, fortalecer sus capacidades industriales y tecnológicas y evitar que la actual competición global derive en una simple diversificación de dependencias.

China, Estados Unidos y la redefinición de las dependencias estratégicas

La creciente presencia de China en América Latina ocupó un lugar destacado en el debate, al considerarse uno de los principales factores que explican la transformación del escenario regional durante las dos últimas décadas.

Los intervinientes señalaron que la expansión china no puede entenderse únicamente en términos comerciales. Pekín ha consolidado una presencia cada vez más amplia a través de inversiones en sectores estratégicos, financiación de infraestructuras, cooperación tecnológica y participación en ámbitos vinculados a la transición energética y la digitalización.

Este proceso ha permitido a numerosos países latinoamericanos diversificar sus relaciones exteriores y reducir su dependencia tradicional de Estados Unidos. Sin embargo, también suscitó interrogantes sobre la posible aparición de nuevas formas de dependencia económica, tecnológica y financiera.

En este sentido, se debatió si la creciente presencia china constituye una oportunidad para ampliar el margen de maniobra de los países iberoamericanos o si, por el contrario, reproduce esquemas de inserción internacional basados en la exportación de materias primas y en la dependencia de mercados externos.

La discusión puso de relieve que la rivalidad entre Washington y Pekín ha convertido a la región en un espacio prioritario de competencia estratégica. La respuesta estadounidense a la expansión china fue interpretada por algunos participantes como un intento de recuperar influencia en el hemisferio occidental, reforzando instrumentos diplomáticos, económicos y de seguridad.

No obstante, se subrayó que la capacidad de Estados Unidos para limitar la presencia china encuentra obstáculos significativos. La profundidad de los vínculos económicos establecidos durante las últimas décadas, la necesidad de inversiones en infraestructuras y la búsqueda de nuevos socios por parte de los gobiernos latinoamericanos reducen las posibilidades de una estrategia basada exclusivamente en la contención.

Asimismo, se destacó que los países de la región muestran una creciente preferencia por evitar alineamientos excluyentes y preservar relaciones pragmáticas con ambos actores. Esta posición responde tanto a consideraciones económicas como a la voluntad de mantener márgenes de autonomía en un entorno internacional cada vez más polarizado.

Más allá de la competencia entre Estados Unidos y China, el debate permitió reflexionar sobre la naturaleza de las dependencias que se están configurando en el nuevo contexto global. La cuestión central no reside únicamente en identificar qué actor ejerce una mayor influencia, sino en evaluar si las relaciones que se están consolidando favorecen el fortalecimiento de las capacidades nacionales y regionales o, por el contrario, profundizan vulnerabilidades estructurales ya existentes.

Desde esta perspectiva, se insistió en la necesidad de que los países iberoamericanos desarrollen estrategias propias que les permitan gestionar sus relaciones exteriores desde una posición más equilibrada, aprovechando las oportunidades derivadas de la competencia entre potencias sin renunciar a la defensa de sus intereses estratégicos.

Crimen organizado, debilidad institucional y nuevas amenazas transnacionales

Uno de los aspectos que suscitó un mayor consenso durante la mesa fue la necesidad de incorporar las amenazas transnacionales al análisis geopolítico de Iberoamérica. Los participantes coincidieron en que resulta cada vez más difícil comprender las dinámicas de poder, las vulnerabilidades de la región y sus márgenes de autonomía estratégica sin considerar el impacto del crimen organizado y las limitaciones institucionales que afectan a numerosos países.

La discusión puso de relieve que América Latina continúa siendo una de las regiones más afectadas por la violencia criminal a escala global, en un contexto en el que las organizaciones delictivas han experimentado una notable capacidad de adaptación, diversificación y expansión transnacional. Lejos de limitarse al narcotráfico, estas redes operan actualmente en múltiples ámbitos, entre los que destacan la minería ilegal, la trata de personas, el tráfico de armas, el contrabando, la ciberdelincuencia, el blanqueo de capitales y las economías ilícitas vinculadas a la explotación de recursos naturales.

Se subrayó que la creciente sofisticación de estas estructuras criminales les permite aprovechar las oportunidades generadas por la globalización, las nuevas tecnologías y la conectividad internacional, desarrollando redes de cooperación cada vez más complejas que trascienden las fronteras nacionales y desafían las capacidades de respuesta de los Estados.

En este aspecto, se destacó que el crimen organizado no debe ser considerado únicamente como un problema de seguridad pública o de orden interno,

sino como un fenómeno con profundas implicaciones geopolíticas. Su capacidad para controlar territorios, corromper instituciones, infiltrar estructuras estatales y condicionar decisiones políticas y económicas lo convierte en un actor que incide directamente en la estabilidad regional y en la calidad de la gobernanza democrática.

La debilidad institucional, la corrupción, la desigualdad social, la escasa presencia del Estado en determinadas áreas y la limitada capacidad de coordinación entre administraciones fueron identificadas como factores que facilitan la expansión de las economías ilícitas. Estas vulnerabilidades no solo erosionan la legitimidad de las instituciones democráticas, sino que también limitan la capacidad de los países para definir e implementar estrategias de desarrollo sostenibles y autónomas.

Los asistentes señalaron, además, que la convergencia entre crimen organizado y geopolítica constituye uno de los rasgos más relevantes del actual contexto regional. La presencia de organizaciones criminales en sectores estratégicos, su capacidad para aprovechar los flujos comerciales internacionales y su interacción con actores externos incrementan la complejidad de los desafíos a los que se enfrentan los Estados iberoamericanos.

En este marco, se planteó la necesidad de analizar las implicaciones de estas amenazas en relación con la competencia entre grandes potencias. La debilidad institucional y la inseguridad pueden convertirse en factores que condicionen la capacidad de los países para atraer inversiones, desarrollar infraestructuras críticas o gestionar de manera soberana sus recursos estratégicos.

La mesa también abordó las respuestas que diversos gobiernos han adoptado frente al incremento de la violencia y la inseguridad. El recurso a políticas de mano dura y la creciente participación de las Fuerzas Armadas en tareas de seguridad interior fueron objeto de especial atención. Aunque algunos participantes reconocieron que estas medidas responden a la insuficiencia de las capacidades policiales y judiciales para hacer frente a organizaciones criminales cada vez más sofisticadas y violentas, también se advirtió sobre los riesgos que pueden entrañar para la gobernanza democrática y el fortalecimiento institucional.

Al mismo tiempo, se puso de manifiesto que la fragmentación política y la debilidad de los mecanismos de integración regional dificultan la construcción de respuestas coordinadas frente a amenazas que operan de manera transnacional. La ausencia de espacios eficaces de cooperación limita el

intercambio de información, la coordinación judicial y policial y el desarrollo de estrategias comunes para combatir las redes criminales.

En consecuencia, se insistió en la necesidad de adoptar enfoques multidimensionales que combinen el fortalecimiento institucional, la cooperación regional, la mejora de las capacidades estatales y el impulso de políticas públicas orientadas a reducir las desigualdades y las vulnerabilidades que favorecen la expansión de las economías ilícitas.

La consolidación de instituciones sólidas, transparentes y eficaces fue identificada como una condición indispensable para reforzar la resiliencia de los Estados, ampliar los márgenes de autonomía estratégica de la región y evitar que las organizaciones criminales continúen erosionando la capacidad de Iberoamérica para actuar como un actor relevante en el escenario internacional.

Fragmentación regional, mecanismos de integración y autonomía estratégica

La cuestión que vertebró buena parte del debate fue determinar si Iberoamérica dispone de las capacidades necesarias para actuar como un sujeto estratégico con voz propia en el nuevo escenario internacional o si, por el contrario, continuará siendo un espacio donde se proyectan los intereses y rivalidades de las grandes potencias.

A este respecto, los participantes coincidieron en señalar que la creciente relevancia geopolítica y geoeconómica de la región no se ha traducido, hasta el momento, en una mayor capacidad de acción colectiva. La fragmentación política e ideológica, la debilidad de los mecanismos de integración y la ausencia de consensos sobre las principales prioridades estratégicas siguen limitando la capacidad de la región para articular posiciones comunes.

Quedó patente que los cambios de ciclo político, la polarización interna y las diferencias en los modelos de desarrollo han dificultado la consolidación de espacios de concertación regional estables. Esta situación ha contribuido al debilitamiento de diversas iniciativas de integración y ha reducido la capacidad de respuesta colectiva ante desafíos compartidos.

Se destacó que la falta de continuidad institucional y la escasa coordinación entre los distintos mecanismos regionales han impedido avanzar hacia una agenda común en ámbitos como la seguridad, las infraestructuras, la innovación tecnológica, la transición energética o la gestión de los flujos migratorios.

Al mismo tiempo, se señaló que la fragmentación regional limita la capacidad de los países iberoamericanos para negociar en mejores condiciones con los grandes actores internacionales. En un contexto de creciente competencia global, la ausencia de posiciones coordinadas reduce el margen de influencia de la región y favorece estrategias bilaterales que, en ocasiones, profundizan las asimetrías existentes.

El debate abordó también el papel que pueden desempeñar diferentes iniciativas y espacios de cooperación, como MERCOSUR, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) o los BRICS, en la búsqueda de una mayor autonomía estratégica.

En relación con los BRICS, se destacó el interés creciente que despierta este foro entre diversos países de la región, al ofrecer nuevas oportunidades de cooperación económica, financiera y política en un contexto de transformación del orden internacional. No obstante, también se advirtió de que la participación en este tipo de iniciativas no garantiza por sí misma una mayor autonomía, especialmente si no va acompañada del fortalecimiento de las capacidades internas y de una definición clara de los intereses estratégicos nacionales y regionales.

Por otro lado, se subrayó que la diversificación de alianzas y socios internacionales solo contribuirá a ampliar los márgenes de maniobra de la región si se articula desde una lógica de complementariedad y no como una mera sustitución de unas dependencias por otras.

En este contexto, el concepto de autonomía estratégica ocupó un lugar central en la discusión. Los participantes coincidieron en que esta no debe entenderse como una aspiración autárquica ni como una política de equidistancia entre potencias, sino como la capacidad de los países para definir sus prioridades, defender sus intereses y adoptar decisiones soberanas en un entorno internacional cada vez más complejo y competitivo.

La construcción de esa autonomía requiere avanzar en la consolidación institucional, fortalecer los mecanismos de integración regional, mejorar la coordinación política y desarrollar capacidades propias en ámbitos clave como la innovación, la tecnología, la seguridad, la educación y las infraestructuras.

En última instancia, se planteó que el principal desafío para Iberoamérica no consiste únicamente en adaptarse a la nueva competición global, sino en aprovechar las oportunidades que esta ofrece para reforzar su cohesión interna y aumentar su capacidad de influencia en la configuración del nuevo orden internacional.

La Unión Europea y el espacio iberoamericano ante la nueva competición global

La mesa dedicó una parte relevante del debate a analizar el papel que la Unión Europea puede desempeñar en Iberoamérica en un contexto marcado por la creciente rivalidad entre Estados Unidos y China. Frente a una dinámica internacional cada vez más polarizada, se planteó si Europa dispone de la capacidad necesaria para consolidarse como un actor estratégico en la región o si su influencia continúa circunscrita principalmente al ámbito normativo.

Los participantes coincidieron en señalar que la relación entre ambas regiones cuenta con importantes ventajas comparativas derivadas de los vínculos históricos, culturales, lingüísticos y económicos que las unen. A ello se suma una convergencia significativa en torno a principios como el multilateralismo, la defensa del derecho internacional, la promoción de la democracia y la búsqueda de modelos de desarrollo sostenibles e inclusivos.

No obstante, también se señaló que la Unión Europea ha mostrado dificultades para traducir esos activos en una estrategia coherente y sostenida hacia América Latina. Las sucesivas crisis internas, la guerra en Ucrania, la creciente presión sobre la seguridad europea y la necesidad de redefinir sus prioridades geopolíticas han reducido la atención dedicada a la región durante los últimos años.

A pesar de ello, la actual coyuntura internacional abre nuevas oportunidades para reforzar la cooperación birregional. La necesidad de diversificar las cadenas de suministro, garantizar el acceso a recursos estratégicos y reducir dependencias excesivas ha incrementado el interés europeo por América Latina.

Al efecto, se destacó el potencial de la región como socio clave en ámbitos como la transición energética, la digitalización, la innovación tecnológica y el desarrollo de cadenas de valor más resilientes.

El debate puso de manifiesto que la Unión Europea puede ofrecer una propuesta diferenciada respecto a otros actores internacionales, basada no solo en la cooperación económica, sino también en el fortalecimiento institucional, la transferencia de conocimiento, el impulso de la cohesión social y el apoyo a la gobernanza democrática.

De igual forma, se reflexionó sobre la capacidad del espacio iberoamericano para actuar como una plataforma de diálogo y concertación en un escenario global caracterizado por la fragmentación y la incertidumbre.

Los participantes subrayaron que la comunidad iberoamericana constituye un ámbito singular de cooperación, sustentado en una identidad compartida y en una extensa red de relaciones políticas, académicas, económicas y culturales. Esta realidad ofrece una base sólida para impulsar iniciativas conjuntas y promover posiciones comunes ante desafíos globales.

Sin embargo, también se reconoció que el potencial del espacio iberoamericano sigue estando infrautilizado. La falta de una agenda estratégica compartida y las dificultades para articular consensos limitan su capacidad para proyectar una mayor influencia internacional.

Sobre el particular, se consideró que el fortalecimiento de los mecanismos de cooperación iberoamericana podría contribuir a ampliar los márgenes de autonomía de la región, facilitando una interlocución más eficaz tanto con la Unión Europea como con otros actores globales.

La discusión concluyó que la relación entre Europa e Iberoamérica no debería entenderse únicamente como una respuesta coyuntural a la competencia entre potencias, sino como una apuesta estratégica de largo plazo orientada a construir alianzas más equilibradas, reforzar la resiliencia de ambas regiones y promover un orden internacional más cooperativo y basado en reglas.

Conclusiones

La mesa evidenció que Iberoamérica ha recuperado una relevancia estratégica que trasciende su tradicional papel periférico en las dinámicas internacionales. La creciente rivalidad entre las principales potencias, la reorganización de las cadenas globales de valor, la competencia por el acceso a recursos críticos y el desarrollo de nuevas tecnologías han situado a la región en el centro de los debates sobre la configuración del orden internacional emergente.

Sin embargo, esta renovada centralidad no implica necesariamente un incremento automático de su capacidad de influencia. Antes bien, la región se enfrenta al riesgo de convertirse en un espacio donde confluyen intereses externos cada vez más intensos, sin disponer aún de los mecanismos políticos, económicos e institucionales necesarios para transformar esa atención internacional en una mayor capacidad de decisión.

El debate permitió constatar que las dinámicas actuales no responden a una simple reedición de las tradicionales esferas de influencia, sino a una competencia multidimensional en la que confluyen elementos geopolíticos, geoeconómicos, tecnológicos y de seguridad. En este nuevo escenario, la

influencia ya no se ejerce únicamente a través del poder militar o diplomático, sino también mediante el control de infraestructuras estratégicas, el acceso a recursos esenciales, la capacidad de innovación tecnológica y la gestión de datos y redes de conectividad.

La región afronta, además, importantes desafíos internos que condicionan su proyección exterior. La persistencia de elevados niveles de desigualdad, la debilidad institucional, la fragmentación política y el impacto del crimen organizado transnacional limitan la capacidad de los Estados para desarrollar estrategias sostenidas en el tiempo y dificultan la construcción de posiciones comunes frente a desafíos compartidos.

La ausencia de mecanismos de concertación eficaces y la dificultad para articular una agenda regional consensuada reducen las posibilidades de que Iberoamérica pueda actuar como un actor colectivo con capacidad de incidencia en la gobernanza global. Esta realidad contrasta con el creciente interés que despierta la región entre las grandes potencias y pone de relieve la necesidad de reforzar las capacidades de coordinación política y cooperación regional.

En este contexto, la diversificación de alianzas y socios internacionales constituye una oportunidad, pero no una garantía de mayor autonomía. El verdadero desafío consiste en evitar que la multiplicación de vínculos externos derive en nuevas formas de dependencia y en aprovechar la actual coyuntura para impulsar procesos de transformación productiva, fortalecimiento institucional y desarrollo tecnológico.

La Unión Europea y el espacio iberoamericano pueden desempeñar un papel relevante en este proceso. Los lazos históricos, culturales y económicos existentes ofrecen una base sólida para construir relaciones más equilibradas, orientadas no solo al intercambio comercial, sino también a la cooperación en ámbitos como la innovación, la transición energética, la gobernanza democrática y el fortalecimiento institucional.

En última instancia, la cuestión que articuló el conjunto de la mesa no fue tanto quién ejercerá una mayor influencia sobre Iberoamérica, sino si la región será capaz de definir sus propias prioridades estratégicas y actuar de manera coordinada en un entorno internacional cada vez más competitivo e incierto.

La capacidad para construir consensos, fortalecer las instituciones y desarrollar una visión compartida de largo plazo determinará si Iberoamérica continúa siendo objeto de la competición global o si logra consolidarse como un actor con voz propia en la configuración del nuevo orden internacional.